



HISTORIA E IDENTIDAD. CONSTRUCCIÓN DEL MESTIZAJE E IMAGINARIOS CULTURALES-RELIGIOSOS

CARLOS D. MESA GISBERT / BOLIVIA

¿Es posible vincular Flandes con Carabuco? Es una pregunta que busca elementos que expliquen la existencia de un escenario universal en el periodo colonial, que nos ayude a hacer una lectura histórica correcta sobre ese periodo.

¿Por qué preguntar sobre dos lugares tan distantes? La respuesta no es difícil, tiene que ver con el concepto de mundialización y globalización, y no se trata de una referencia al siglo XXI. No, se trata de conceptos pertinentes en los siglos XVI, XVII y XVIII. Cómo sino comprender que tuviéramos la misma imagen del Leviatán en Isfahan en Persia y en Carabuco en Bolivia, o que lo tuviéramos también y por extensión en Parinacota y en Curahuara de Carangas.

Esta es una comprobación fundamental para tratar de contextualizar el escenario en el que se desarrolló el arte barroco y el arte colonial en general en la América Andina. No se trata, como podría pensarse, de un fragmento descolgado en el tiempo y el espacio, no es exclusivamente materia de una lectura de la religión, de los símbolos y las representaciones religiosas sobre sí mismas, sino por el contrario, es una lectura a partir de un contexto global, universal sobre construcciones culturales.

El periodo colonial americano y el periodo colonial andino, son parte de una estructura de pensamiento de carácter universal y esto me parece clave para tratar de colocarnos en el escenario de esa historia. Se trata de un escenario global altamente sofisticado. Si nos colocamos en la óptica de alguien que vivió en cualquiera de estos siglos, por ejemplo el XVIII, en Roma, en Venecia o en

Toledo, podremos entender lo difícil que era creer en el nivel de las reflexiones intelectuales, religiosas, políticas y filosóficas que de forma paralela a Europa, se estaban desarrollando alrededor del Lago Titicaca, a 3.800 mts. de altura sobre el nivel del mar. Recorramos el altiplano boliviano, en medio de su imponente soledad y pensemos que en ese siglo y en ese lugar, se estaban discutiendo teorías basadas en la filosofía platónica. Sería difícil para un veneciano o un romano de ese momento, aquilatar la calidad de pensamiento que estaba en pleno auge en ese lugar del planeta.

¿No es de algún modo, surrealista debatir sobre la ciudad de Dios de San Agustín o sobre el templo de Salomón en Manquiri o en medio del Amazonas? El modelo ideal de aplicación de la ciudad agustiniana aplicada en las Misiones Jesuíticas en el centro del continente americano en el medio de la nada ¿no fue –pensado en la lógica racional de hoy– una forma de locura?

La fachada de San Lorenzo de Potosí permite la lectura que en ella se puede hacer de la armonía musical sobre parámetros clásicos greco-latinos, en la parte superior de su diseño. Y esa portada es uno de los símbolos de la arquitectura mestiza, de su barroco, pero sobre todo del pensamiento mestizo de ese periodo.

Los referentes de la construcción teórica del renacimiento, el manierismo y el barroco americanos, son temas vinculados al Antiguo Testamento, a intelectuales, filósofos y artistas que eran exotismo puro en el contexto del mundo andino. Esos personajes arquetípicos del mundo antiguo europeo, se mezclaron con elementos de la realidad

del pasado prehispánico. Estamos hablando de San Agustín, Santo Tomás, Aristóteles, Platón y una larga lista de figuras centrales del pensamiento occidental.

Sobre ese supuesto, cabe preguntar ¿Qué es lo que se estaba representando desde el punto de vista ideológico en los siglos XVII Y XVIII, que son los siglos en los que confluyó el barroco en la América española en la perspectiva de la construcción de una sociedad nueva? ¿Era ésta una sociedad ajena a ese mundo globalizado? ¿Era una sociedad quebrada? ¿Era una sociedad aislada y ajena al mundo?

En la lectura que hoy día se ha vuelto maniquea, lo que había entonces era un escenario del dominador y un escenario del dominado, sin vinculación alguna de mensajes, sin interconexión, sin una construcción de autorepresentación común y de pertenencia compartida.

¿A qué o a quién se sentía perteneciente un individuo de los Andes, desde Colombia hasta Chile, hombre o mujer, en el siglo XVII? ¿Se sentía perteneciente exclusivamente a un espacio geográfico? ¿A ese espacio geográfico histórico y cultural con una única vinculación—de cordón umbilical—con el pasado prehispánico? ¿Se sentía parte de ese mundo globalizado que permitía el traslado de grabados flamencos sobre el Infierno para ser copiados en lienzos gigantescos, tanto en el lejano oriente-Isfahan, como en esta América-Carabuco? ¿No se había producido ya la incorporación de un elemento reflexivo que tenía ya irreversiblemente un contenido occidental y otro indígena, de visiones que por muy mezcladas que estuvieran, definían una representación del mundo y una representación de la trascendencia que ya no estaba ni podía estar referida únicamente a la representación de la trascendencia en la lógica espiritual e intelectual prehispánica?

La pregunta puede parecer elemental, pero es pertinente para tratar de explicar cuales son los aportes del mundo occidental y del mundo indígena a la visión sobre sí mismos que tenían en ese momento las sociedades que se estaban construyendo en nuestra América.

El debate sobre cómo se representa el Infierno, el Paraíso, los Carros Triunfales, está basado en rigurosos elementos de estructura intelectual y simbólica que se construyeron en el mundo judeocristiano, en el que hay un conjunto de jerarquías, un orden establecido que, sin embargo, comienza a ser invadido por elementos que son propios y únicos de América.

Es indispensable entender a la sociedad que oprimió a otra y que la obligó a ir por un determinado camino. Probablemente en los siglos XVII y XVIII, esa lectura no tenía los mismos códigos de interpretación que tenemos hoy. Esa es la cuestión crucial sobre cómo se sentía un

mestizo o un indígena en el contexto de ese choque ya elaborado como nuevo escenario social en el barroco.

Por eso es válida otra pregunta, dada la gran sofisticación de los elementos del mestizaje andino dieciochesco. Para ello hay que incorporar la palabra mestizaje. No se puede separar cuando se pronuncia la palabra mestizo o se habla del concepto mestizaje, la reflexión puramente conceptual del momento que hoy se vive en Bolivia. Hasta hace unas décadas parecía que la palabra mestizo había resuelto un problema histórico, o estaba en camino de resolverlo. Íbamos a encontrarnos como sociedad en esta idea, una idea muy amplia, un gran paraguas definiendo el mestizaje como el resultado creativo de la mezcla. Pero ahora la palabra mestizaje se pone en cuestión, porque en teoría representa el intento de imponer una visión de una mezcla carente de esencia, una mezcla en la que una lengua, una religión y una visión uniforme de todo, está disfrazando la realidad compleja y múltiple de lo que en Bolivia definimos como la suma de las naciones indígenas y el Estado Plurinacional en el que formal y oficialmente se ha convertido la nación en una nación de naciones, sustituyendo el concepto "Republica" por el concepto "Estado Plurinacional". La palabra mestizo en consecuencia, está en cuestión y es objetada por muchos estudiosos, antropólogos, historiadores e historiadores del arte, que dicen que no es una palabra que refleje realmente la complejidad—en el caso al que nos referimos—del mundo andino. En los siglos XVII y XVIII, estas representaciones desplegadas en una gigantesca superficie geográfica e imponentes lienzos, las del Infierno, el Paraíso, los Carros Triunfales, los de la Muerte, la presencia de personajes que representaban la totalidad de la sociedad colonial de ese momento, marcaban por encima de todo, ideas. Se ha debatido, por ejemplo si la barba persistente en la iconografía andina colonial, representaba o no la presencia o ausencia del mundo indígena en esas obras y se han hecho lecturas muy interesantes sobre la influencia medieval que pudieran tener determinados elementos en la plástica colonial.

Si se suma el conjunto iconográfico temático de las Postrimerías, los Infiernos y Paraísos dejados como testimonio de ese tiempo, que hoy se preserva en el área altiplánica, se puede ver que todos los representantes de esa sociedad estaban allí retratados ¿Cómo? ¿En que contexto? Estaban retratados en tanto pecadores o salvados, estaban retratados en tanto dominadores y dominados. Este es el debate que hay que profundizar. No está del todo claro que todo se resuelva con la reducción de la definición: "Te traigo a la verdad" como "te impongo algo". La idea de la condena no quiere decir: "solamente

te condenas, tú indígena". La visión religiosa incorporó al "otro" en la representación, porque el otro era una de las razones de ser de la presencia de esa iconografía en esos lugares.

En la lógica del proceso colonial español, encontramos quizás el primer caso de un imperio que reflexiona y se cuestiona sobre lo que está haciendo, sobre lo legítimo o ilegítimo de su propia conquista. Es el primer imperio que tiene en su seno, una oposición ética muy importante a lo que hace y no precisamente una oposición marginal. No es una batalla librada exclusivamente por las potencias enemigas de España que señalan al imperio y lo acusan sólo desde el exterior. Bartolomé de las Casas no era un marginal en la sociedad española, el propio emperador español lo escuchó. Las llamadas "Leyes nuevas" tienen que ver con Vitoria, con Montesinos y con las Casas.

La lectura de que el imperio estaba imponiendo condiciones a los dominados sin ningún tipo de interés en los derrotados, ó que habían pocos que estaban en contra de lo que el imperio hacía, y que los conquistadores y los encomenderos hacían y deshacían sin límite alguno, pasa por alto los intensos debates y las razones esgrimidas por quienes defendieron sin tregua desde el corazón mismo del poder los derechos de los vencidos. Los grandes pensadores religiosos se enfrascaron en una guerra de ideas y la legitimidad de la conquista estuvo en el centro del huracán. Se plantearon observaciones que obligaron a los reyes, desde Carlos en adelante a cambiar su enfoque jurídico de la administración de las Indias. Las preguntas esenciales sobre la naturaleza básica de lo que se estaba haciendo, forzó a los señores más poderosos de la tierra a cambiar y mejorar las leyes que se habían redactado para este continente en función del mejor interés de los conquistados. "Se acata pero no se cumple". Sí, es verdad, cualquier simplificación, en una o en otra dirección, es a fin de cuentas una caricatura.

Se puede en este contexto discernir dos elementos: Por una parte la magnífica realidad de un mundo iconográfico cuya magnitud todavía maravilla y cuyo mensaje está aún en plena decodificación y, por el otro, una profunda reflexión sobre la ética y la legitimidad o ilegitimidad de lo que en última instancia se estaba desarrollando como compleja construcción de lo mestizo.

Cuando en un cuadro aparece una referencia simbólica de doble lectura como la del Panchao: Dios Evangélico-Dios Inti, quien miró ese cuadro cuando fue pintado, un indígena por ejemplo ¿Tuvo los elementos suficientes para entender ese doble mensaje? Si los tuvo, quiere decir que el mundo indígena colonizado tenía un grado de sofisticación importante y que tenía la condición de contar con

elementos de conocimiento suficientes del mundo religioso, como para poder "leer debajo del agua". Esa lectura del Panchao podía ser, o el arca de la Alianza, o los restos del Inca. Porque desde el punto de vista de quien pintó el cuadro, se puede asumir que lo pensó y lo elaboró porque tenía una conciencia clara de lo que estaba mostrando y encriptando a la vez ¿Cuál era su objetivo? El objetivo, si seguimos el razonamiento de mundos clandestinos y mundos oficiales, era colocar de una manera subrepticia un lenguaje que afirmaba un pasado. Decía: "Aquí estoy"; o, por el contrario, era una actitud conscientemente aceptada de incluir en los elementos pictóricos, escultóricos y arquitectónicos, equilibrios y balances entre el mundo religioso oficial y el prehispánico. Ambos sabían de que se trataba el juego y lo aceptaron así, es otra conclusión posible.

Hubo pintores, unos anónimos, otros conocidos, que insertaron elementos indígenas de una u otra manera, o mas o menos clandestina o más o menos tolerada. Lo que importa es ¿Quién era el destinatario de esos mensajes? ¿El destinatario era un sofisticado sacerdote español? ¿Era un encomendero?, ¿Eran los indígenas? Parece haberse entendido que la intención de este gigantesco montaje de cuadros, esculturas, templos, todos cargados de complejos símbolos, buscaba la evangelización.

Iconográficamente se estaba estableciendo una ideología religiosa a través de la cual se iba a lograr la gracia de la fe para los naturales. Por un momento nos colocamos en la óptica de los evangelizadores. Es evidente —¿Lo es?— que no se trataba de una fiesta estética, ni era una fiesta para la lectura semiótica o simbólica de la que hoy se puede hacer gala. La meta final era la instalación de un mecanismo de transmisión de ideas que permitiera la imposición de un mundo sobre otro ¿O era la construcción de un mundo compartido de diferentes maneras?

Las palabras se usan con toda intención. Imposición y construcción. Se puede y probablemente se debe hacer una lectura doble, no contrapuesta, entre "imposición y construcción".

Otra vez ¿Quién miraba esos sofisticados mensajes tenía la capacidad de entenderlos? Lectura uno: Sí. Lectura dos: No. Si la lectura uno es correcta, tendríamos que reelaborar nuestra interpretación de lo que representó esa construcción cultural de dos siglos sobre o para el mundo indígena. Aceptaríamos la hipótesis de que los indígenas podían "leer debajo del agua". En la opción dos, se trataba de un más que sofisticado juego erudito, exclusivamente circunscrito a un núcleo de elite tanto criolla, española como mestiza y aún indígena. Responder la pregunta parece clave, porque de lo contrario, si no

entendemos que había un sentido de funcionalidad, de búsqueda de causa y efecto en el trabajo artístico, correríamos el riesgo de la interpretación desde el siglo XXI, de qué es lo que quisieron decir los artistas que trabajaron ese fascinante mundo prescindiendo de las razones esenciales que los motivaban.

Estamos hablando de un mundo representado. ¿Fue una representación genuina? ¿Era a esas alturas (siglo XVIII), una representación impuesta? ¿Era una cáscara sobre la cual se estaba trabajando en una especie de ejercicio de enajenación? ¿No se había llegado a tocar ninguno de los puntos esenciales del alma americana andina?

Las respuestas son parte del debate de hoy. En una primera mirada parecería que hay amplios sectores de la sociedad en los que ese mensaje no prendió, no se hizo carne de los sujetos. Pero hete aquí que en el mundo andino, tanto la lengua castellana como el cristianismo –la palabra “cristianismo” hoy ya tiene una lectura múltiple pero vamos a asumirlo como lo entendían los católicos del siglo XVIII– han demostrado que sí penetraron de una manera profunda e irreversible. Esta visión del cielo y el infierno para ponerlo en el contexto del tema central de esta reflexión, sí penetró y es ya parte esencial de la sociedad andina actual. En ese sentido, la reivindicación de lo mestizo es legítima. ¿Pero cuál es la lectura que se hacía en ese momento de ese ultra sofisticado mundo de símbolos, iconos, imágenes y mensajes? Este es un debate importante.

Algunas luces nos puede dar la polémica a propósito de la autoría y la inspiración que llevó a Guamán Poma a escribir y dibujar su *Nueva Crónica*... cuando se descubre que Guaman estuvo vinculado con un sacerdote jesuita con el que compartió la construcción de ese libro increíble, podríamos preguntarnos muchas cosas sobre quién estaba dando el mensaje, con qué intención y en qué medida no había ya una preparación que hoy pretendemos diferenciar tajantemente –a veces de modo artificial– entre lo indígena oprimido y lo criollo y lo español opresor, o lo imperial que se impone en la región.

Más allá de los hechos obvios, más allá de lo que desarrolló cualquier imperio en un proceso de conquista y por tanto de expoliación. Miremos al individuo y su espíritu frente a la iglesia de Curahuara de Carangas, frente a un cuadro que muestra una imagen del Antiguo Testamento. El individuo frente a esa doble lectura a la que hacía referencia ¿No es acaso una mirada mestiza? La idea del mestizaje aparece así como un resultado. Si se combina lo que pasó en el siglo XVII o XVIII y se mira un cuadro, el de Carabuco por ejemplo, y se va hoy a

Oruro y se ve su carnaval, se puede encontrar rápidamente ese Infierno en movimiento, o el Cielo en movimiento. La vida como un motor dinámico que por supuesto no puede referirse exclusivamente a lo prehispánico, sino a un camino de transformación, a una relectura sobre uno mismo. Visto así, la hipótesis de la cáscara vacía se desvanece ¡No fue una cáscara! Occidente llegó para quedarse y penetró profundamente el alma andina. Fue, es obvio, un camino de ida y vuelta. De ida la lógica católica cristiana europea, de vuelta la lógica indígena, la de las lecturas de los Cielos y los Infiernos en los tejidos, lecturas muy diferentes, en ese caso de mundos subterráneos y mundos de la superficie sin el sentido de pecado y culpa. La lectura del demonio con doble simbología. El Tío de la mina es el mismo demonio que es derrotado por el arcángel en el baile del carnaval, pero en diferentes circunstancias representa diferentes cosas. Son elementos que ya no pueden definirse en el blanco y en el negro que un europeo, español, italiano o francés podrían tener, porque allí sí la visión es exclusiva de una lógica judeo-cristiana. Aquí ya no, aquí la construcción y la lectura y la interpretación de muerte, Infierno y Paraíso, es una combinación inseparable, indestructible, que define la personalidad del mundo andino del siglo XXI. Esa personalidad que ha transformado en algo vivo lo que hemos visto en los cuadros y en las imágenes. Santiago es a la vez Illapa, el dios del rayo, por el arcabuz que acompañaba su nombre en todas las campañas militares de españoles contra indígenas. Santiago es la afirmación, la ironía, la paradoja. Que el santo más importante del altiplano boliviano sea Santiago “mata indios”, no puede leerse sino como una ironía y una paradoja. El santo vestido a veces con una gorra militar del ejército boliviano y unos lentes oscuros, es indudablemente parte de la construcción del elemento mestizo de la recuperación y reconstitución de una nueva identidad que sigue viviendo y moviéndose hoy. La lógica de esa línea histórica no se ha detenido. El Cielo y el Infierno han salido del cuadro y han comenzado a moverse de forma autónoma y a dar vueltas sobre sí mismos, en un contexto que no es otra cosa que la idea de lo mestizo. Una definición de vida o muerte en una sociedad que está enfrentando un debate profundo sobre su historia y que de modo ahistórico plantea en su texto constitucional que: “se deja atrás el pasado colonial y republicano”, más no el prehispánico. Se hace un paréntesis que salta del mundo indígena al siglo XXI, al 22 de enero del 2006, sin entender que no podríamos descubrir nuestra alma y su esencia si no entendemos la construcción desgarradora pero también integradora de dos visiones que son más que carne y espíritu unidos.

Tenemos por ello algunas ideas, algunas preguntas y algunas interpretaciones todavía pendientes. La crucial es cómo llegaba un ultra sofisticado mundo intelectual al sujeto indígena y cuál era la lectura que ese sujeto indígena hacía de algo tan complejo que podría estar debatiéndose en cualquier escenario del más alto nivel teológico.

Es básico encontrar la respuesta entre la superestructura intelectual de los emisores y la de los receptores. Saber si era un juego de las élites que no interesaba desde el punto de vista del mensaje, lo que querría decir que se manejaron dos lenguajes que no se tocaron entre sí. Eso marcaría un desafío o un mentis a quienes interpretan objetivos y esencia de la labor evangelizadora europea en América.

¿La interpretación del Cielo y el Infierno es el enriquecimiento de dos mundos que se entremezclan y que construyen lo mestizo en la visión diversa de los Andes? ¿El mestizaje es la palabra correcta? ¿La interculturalidad es una lectura puramente teórica para tratar de romper la línea entre la vieja visión del mestizaje anterior al momento que vivimos hoy? ¿No es acaso una acción constituida en un sustantivo? La reivindicación del mestizaje está precisamente anclada en la comprensión de ese momento del barroco, está en los Cielos y los Infiernos que expresan de la manera más explosiva en su belleza, todo lo que representó la construcción del mundo que está hoy en los cuadros de Carabuco e Isfahan y estuvo en los grabados de Flandes que los originaron.